

**ROCA  
EL QUEBRACHO  
EL REVES DE LA TRAMA**

ROCA, EL QUEBRACHO, EL REVES DE LA TRAMA

A. VIDAURRETA

**ALICIA VIDAURRETA**

PLATERO S.R.L.

## INDICE

	PÁG.
PREFACIO . . . . .	9
I. UNA DÉCADA CONFLICTIVA . . . . .	11
El equilibrio rioplatense . . . . .	11
El fin de la Revolución de las Lanzas . . . . .	17
Jordanistas y mitristas . . . . .	20
Emigrados, propaganda y neutralidad . . . . .	25
El régimen militar . . . . .	29
II. ANEXIONES Y REVOLUCIONES . . . . .	41
El gigante ensueño* . . . . .	41
El nuevo sistema . . . . .	45
Argentina, Brasil y la cuestión del Pacífico . . . . .	48
Enrique B. Moreno en Montevideo . . . . .	50
Sueños y pesadillas . . . . .	54
El rochismo y los emigrados . . . . .	60
III. HACIA LA REVOLUCIÓN NACIONALISTA . . . . .	65
La inmoralidad de un régimen . . . . .	65
La reacción civil . . . . .	70
La misión de Benjamín Victorica . . . . .	74
Intimidaciones de una política . . . . .	78
IV. ALIANZAS Y ELECCIONES . . . . .	85
Los jefes militares . . . . .	85
Tolerancia y reclamos diplomáticos . . . . .	92
El llamado a las armas . . . . .	97
Febrero de 1886: un compás de espera . . . . .	102
V. LA REVOLUCIÓN DEL QUEBRACHO . . . . .	109
Las vísperas . . . . .	109
Arredondo, Bernal y la invasión . . . . .	114

---

	PÁG.
La batalla del Quebracho . . . . .	122
Después del Quebracho . . . . .	124
<b>VI. LAS DERIVACIONES DEL MOVIMIENTO . . . . .</b>	<b>131</b>
La solución diplomática . . . . .	131
Ataliva Roca y el puerto de Montevideo . . . . .	136
La dinastía Santos-Vidal-Santos . . . . .	140
Del Quebracho al Ministerio de la Conciliación . . . . .	144
Conclusiones . . . . .	147
<b>SELECCIÓN DOCUMENTAL . . . . .</b>	<b>151</b>
<b>FUENTES DOCUMENTALES Y BIBLIOGRAFÍA . . . . .</b>	<b>241</b>



## II

### ANEXIONES Y REVOLUCIONES

#### *El gigante ensueño*

Los hechos de que fue pródigo el año 1881 contribuyeron a deteriorar aún más al gobierno del presidente Vidal. Atentados personales, el empastelamiento de imprentas que anuló el breve retorno de la prensa doctrinaria y abusos de todo género desbordaron al inoperante mandatario. De todos esos hechos, el más escandaloso fue el que protagonizó el hermano del ministro de Guerra, comandante Joaquín Santos, que estaba al frente de un regimiento en la frontera de Tacuarembó. Detuvo y sin más trámite, hizo degollar a un capitán brasileño y tres súbditos de esta nacionalidad en Paso Hondo. Sometido a la justicia militar, Joaquín Santos fue sobreseído por falta de pruebas. Métodos pretorianos aparte, las matanzas de Paso Hondo derivaron en la reclamación del ministro brasileño Leonel de Alencar y en un enojoso incidente diplomático. En su solución, que demoró dos años, triunfó la exigencia de la cancillería imperial: el regimiento fue disuelto y su jefe obligado a renunciar.

Las anomalías y debilidades del gobierno de Vidal replantean la añeja hipótesis de la anexión al Brasil o la absorción por la Argentina, tema recurrente en todas las etapas de inestabilidad constitucional del Uruguay. Aunque jamás contó con el consenso popular y no fue más que expresión de ideas individuales o de minorías interesadas, implicaba pagar el alto precio de la pérdida de la nacionalidad. La idea —recurso final o tabla de salvación para algunos— era impracticable, una abstracción teórica que cuestionaba una nacionalidad aún no totalmente identificada con sus contornos geográficos.

La utopía cisplatina sustentada por Mitre, Sarmiento, Vélez Sársfield y Juan Carlos Gómez cuando la provincia de Buenos Aires segregada de la Confederación pretendía extender su área de influencia política provocó rechazo total por los cuestionables

intereses que la alentaban<sup>1</sup>. Juan Carlos Gómez la revivió con escaso sentido de la oportunidad en plena guerra con el Paraguay, actitud que concluyó por destruirlo políticamente en los círculos de su nativa Montevideo donde todavía gozaba de cierto prestigio intelectual.

El replanteo de la fórmula en 1880 tiene connotación diferente. Ante la manifiesta incapacidad de autodeterminación del gobierno de Vidal para solucionar los problemas que enfrentaba el país, según algunos observadores interesados, la solución sólo estaba en la inclinación del fiel de la balanza internacional en la búsqueda de apoyo de uno de los países vecinos. Esta cuestionable alternativa, que había mostrado su peligrosidad y consecuencia de difícil reparación, particularmente cuando el Brasil ejerció influencia total sobre el gobierno uruguayo, fue mirada con lógica desconfianza y provocó numerosas críticas.

El anexionismo del Uruguay es un pensamiento flotante. Veleidad brasileña en algunos, inclinaciones argentinas en otros, es sugestivo que reaparezca en coincidencia con la asunción del general Roca a la presidencia argentina. El autor de la propaganda es ahora el doctor Angel Floro Costa. Oriental, abogado de prestigio en ambas márgenes del Plata, residía alternativamente en Montevideo y Buenos Aires, conforme a las fluctuaciones políticas de su país. Ocupó un cargo en la administración de Hacienda de la provincia de Buenos Aires hasta que en 1878, confiando en que ejercería influencia sobre la política económica de Latorre, regresó a Montevideo. Fue un paso falso y desairado el suyo; Latorre, que despreciaba a los ideólogos de vaguedades y frases ampulosas como Costa, determinó su regreso a Buenos Aires. Resentido, Costa imprime aquí el folleto *Panfletos contra puñales* (1879) que tuvo bastante resonancia por su título, la virulencia del lenguaje contra Latorre y el carácter "clandestino" de la publicación (el pie de imprenta lee Montevideo).

Sin dificultades, Costa publica al año su libro *Nirvana* también en Buenos Aires<sup>2</sup>. El título define la tesis del autor: el estado del nirvana político —como en el de la religión budista— era el de anonadamiento final no ya ante la esencia divina sino ante el futuro inmediato e incierto del Uruguay.

La obra contiene mucha hojarasca literaria pero conviene recordar que el autor reclama la reincorporación de los elementos ilustrados del país. La propuesta también incluía a los emigrados políticos para posibilitar la conciliación nacional. Con todo, la lista de tan variados nombres, que debió haber significado un esfuerzo de memoria, es cuestionable en cuanto a la inclusión de

<sup>1</sup> Vidaurreta (1964), 279-284.

<sup>2</sup> Costa (1880).



personajes tan diversos como el general Arredondo, Bartolito Mitre y los Belástegui, con trayectorias personales incorporadas a la Argentina y en el caso de los últimos, sólo unidas al Uruguay por negocios y la posesión de propiedades rurales.

Cuatro conclusiones se desprenden de la lectura de las farragosas páginas del *Nirvana* en las que menudean citas de Alberdi con referencia a su pensamiento sobre el Brasil y la federalización de Buenos Aires: a) que sin el Estado Oriental como parte integrante de la República Argentina el sistema federativo era incompleto; b) que sin el auxilio del puerto de Montevideo y el dominio de la frontera uruguaya sobre el Atlántico, la Argentina jamás sería una potencia marítima; c) que sólo la federación cisplatina daría fuerza política y proyección continental a los países del Atlántico sur; d) que se debía invitar al Paraguay a unirse a esa federación.

Las proposiciones de Costa significan la anulación de dos nacionalidades y el replanteo de la reconstrucción parcial del antiguo virreinato del Río de la Plata con la formación de una fuerte unidad política que le otorgaría la autoridad de Roca, su supuesto ejecutor. "Por tradición, elementos y derecho", la capital sería Buenos Aires<sup>3</sup>. Con algunas variantes, el planteo revivía el esquema que el gobierno uruguayo presionado por sus vecinos intentó formular al Paraguay en vísperas de la Guerra de la Triple Alianza.

En el fondo, la tesis es puramente defensiva. Brasil era aún para muchos la amenaza permanente, el temido vecino que no había movido el polo magnético de su diplomacia y sus objetivos geopolíticos del Río de la Plata. Angel Costa dio otro paso falso, éste muy notorio. La política exterior de Roca estuvo marcada desde el comienzo por la búsqueda del entendimiento amplio con Brasil, como se ha observado. Para neutralizar los efectos de una eventual alianza chileno-brasileña y compartir la condición de potencias atlánticas había que redefinir e implementar la relación con el Imperio mediante una acción diplomática flexible.

La divulgación del pensamiento de Costa necesitaba el apoyo de un gran movimiento de opinión con que no contó por la misma impopularidad de la tesis. Roca ignoró autor y libro<sup>4</sup>. Juan Bautista Alberdi, restituido a la vida política argentina por corto tiempo, cumplió la fórmula del acuse de recibo con su habitual

<sup>3</sup> *Idem, ibídem*, 302.

<sup>4</sup> AGN, Archivo del general Julio A. Roca (en adelante AR), leg. 15. Angel F. Costa a Julio A. Roca, Buenos Aires, 16 de abril de 1881. Al ofrecer el ejemplar del libro al presidente, Costa escribió que no estaba lejano el gran movimiento de unificación de los dos países en cuya solución estaba reservado a Roca un papel culminante.

fina prosa epistolar mientras Mitre, que tanto camino había desandado desde la época de sus ideas anexionistas, lapidó la obra por su misma doctrina y confusa exposición<sup>5</sup>. En Montevideo, Agustín de Vedia la examinó en varios medulosos artículos. La publicación —concluyó— era totalmente inoportuna cuando no se presentaban las disensiones internas y conflictos internacionales que dieron lugar a la unidad italiana y a la alemana, citó a título de ejemplo. La crítica fue dura con el *Nirvana* aunque el tema siguió discutiéndose en los debates del celebrado Ateneo de Montevideo<sup>6</sup>.

Si el devaneo cisplatino de Costa fue irritante, ciertos comentarios del gobernador de la provincia de Buenos Aires Dardo Rocha resultaron francamente impolíticos. En ocasión de un banquete celebrado a bordo del acorazado "Almirante Brown" (noviembre de 1881) con la presencia del presidente Roca, Rocha mencionó "futuros" planes de anexión del Uruguay, país por el que tenía gran simpatía. Conforme a la versión de *La Prensa*, la reunificación platense mencionada por Rocha vendría como resultado de la evolución natural y pacífica de los pueblos, un llamado de la sangre en el que ni las armas ni la diplomacia tenían cabida. Era "el ensueño querido" de Rocha que significaba el retorno al antiguo contorno geográfico con la formación de una nación poderosa y homogénea, planteo que poco difería del concebido por Costa<sup>7</sup>.

La mayoría de los diarios porteños silenció la imprudencia del gobernador de Buenos Aires que cayó como una bomba en Montevideo donde fue objeto de agudas críticas por Francisco Bauzá y Jacinto Albistur, el ex diplomático de España tan relacionado a los elementos roquistas. Se especuló que la intención de Rocha era convertir a la provincia de Buenos Aires en república separada con la anexión del Uruguay, tal como se había presentado la situación en la década de 1850<sup>8</sup>.

Cuatro años después, cuando la candidatura de Rocha se proyectaba como la principal opositora a la del concañado de Roca, Miguel Juárez Celman, el tornadizo Costa volvió a dirigirse al presidente asumiendo postura de enjuiciamiento a Rocha. Precisamente, por los términos del *Nirvana* y por su adhesión a los del gobernador de Buenos Aires había sido separado del puesto de fiscal de Hacienda del gobierno uruguayo en 1881 con cargos

<sup>5</sup> MHNM, Colección de manuscritos, t. 407. B. Mitre a Costa, Buenos Aires, 22 de octubre de 1880.

<sup>6</sup> *La Democracia*, 22 de febrero, 20 de noviembre y 6-8 de diciembre de 1881; *Anales del Ateneo de Montevideo* (1882), vol. I, núm. 5, 345-368.

<sup>7</sup> *La Prensa*, 8 de noviembre de 1881.

<sup>8</sup> *El Siglo*, 25 de noviembre de 1881; *La Razón*, 15 de diciembre de 1881.



de traición a la patria. "Rocha pudo ahorrar algunas aspiraciones —escribió resentido a Roca— para no labrarse un pedestal propio en la opinión cuando él lo ambicionaba, poniendo a prueba su genio en la realización del gigante ensueño de reconstruir todavía con más esplendor y brillo la provincia desmembrada"<sup>9</sup>.

A juzgar por este y otros testimonios, el plan concebido por Rocha incluía también al Paraguay, para lo que se valió de José Vicente Urdapilleta<sup>10</sup>. Pasado el momento de la indiscreción, Rocha guardó estudiado silencio sobre tema tan comprometedor y opuesto al principio de consolidación de las relaciones internacionales que era parte del programa de gobierno nacional.

### *El nuevo sistema*

La política de armonía que el canciller Requena y García inició con el gobierno argentino en la forma ya indicada pronto se vio perturbada por la ingerencia directa del ministro de Guerra Máximo Santos. En julio de 1881 envió un representante personal ante Roca como testimonio de una amistad que a todas luces se propuso cultivar. El emisario Apolinario Gayoso, un personaje desconocido en Buenos Aires, fue recibido por Roca a quien entregó una carta de Santos y el fino presente de una muestra de oro de las minas de Cuñapirú y ágatas del Salto<sup>11</sup>. Su viaje no fue motivado simplemente por el gesto amistoso de Santos sino que significó su instalación en la capital argentina como agente principal del santismo al frente de un bien montado servicio secreto.

Gayoso (o Galloso, como parece haber sido su verdadero apellido) era hijo de un comerciante español y actuó como jefe de la Colecturía General del Estado, la Dirección General de Aduanas y luego como inspector general de policía, cargo que le otorgó el nombramiento de jefe político de Montevideo. Tan turbio como pintoresco, Gayoso era el personaje para el papel. Bien entrenado en materia de sobornos y rapacidades, era hombre de la entera confianza de Santos. Desde la presentación del oro y las ágatas a Roca hasta su retiro de Buenos Aires habrían de pasar cinco años matizados por situaciones muy diferentes.

Gayoso enseguida compró los servicios de algunos telegrafistas que pasaron las noticias sobre los latorristas que conspiraban en Entre Ríos aparentemente de acuerdo con otros que

<sup>9</sup> AGN, Archivo del Dr. Dardo Rocha, leg. 157. A. F. Costa a Roca, Montevideo, 22 de enero de 1885 (copia).

<sup>10</sup> D'Amico (1952), 232-233. Sobre la relación Roca-Rocha, cfr. Allende (1971), 204-231.

<sup>11</sup> AGN, AR, leg. 17. Santos a Roca, Montevideo, 21 de julio de 1881.